

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA



ANTONIO MORENO

Núm. 4

35 CTS.

La Novela Intima
Cinematográfica

PUBLICACIÓN SEMANAL DE BIOGRAFÍAS
DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Diputación 292 BARCELONA

AÑO I

NÚM. 4

Biografía

DE

ANTONIO MORENO

BIOGRAFÍA DE Antonio Moreno

UN PRIMER AMOR

Muchos jóvenes se han dejado impresionar por las narraciones poéticas de los amores deslumbrantes de Dante Allighieri con Monna Bice cuando ambos contaban nueve y siete años respectivamente, y de los no menos famosos de Petrarca y Laura, cuando el que había de deslumbrar al mundo con sus composiciones no había aún cumplido catorce años.

Especialmente entre los latinos, los que hemos sabido saborear las delicias de aquellos poetas, estos ejemplos han cundido enormemente entre nuestras juventudes de todas las épocas.

El joven Antonio Garrido Monteagudo Moreno fué uno de los que quiso imitarles amando a la edad de catorce años a la hermosa niña Conchita, que tendría unos once.

Conocíanse desde muy pequeños, juntos habían jugado y observado cómo las sensaciones de amistad infantil iban transformándose en un sentimiento más grande, más avasallador...

Y los dos niños, sin apercibirse, se encontraron con que se querían.

El joven Antonio Garrido había nacido en Madrid, en 1888. Su familia, si no de alto conocimiento y acomodada, le dió una educación esmeradísima. Estudió en un famoso importante colegio regentado por religiosos, con gran aplicación y captándose el aprecio de sus profesores.

Pero si bien estudiaba concienzudamente sus asignaturas, su verdadera afición inclinábase franca y abiertamente por la literatura.

Sabido es lo que en España le ocurre al desventurado muchacho que siente tales aficiones. Lo primero que oyen sus orejas es aquella sublime sátira dolorosa y real:

—Aquí enterraron de balde

por no hallarle una peseta

—¡No sigas; era poeta!

y siguen las burlas de los compañeros y de la familia.

—Muy bien está que te guste la literatura, hijo mío—le decía su padre, un oficial del ejército—, y aun me felicito de que experimentes tan noble afición..., pero espero que ello te servirá para saber redactar con galanura... ¡provechosas cartas comerciales!

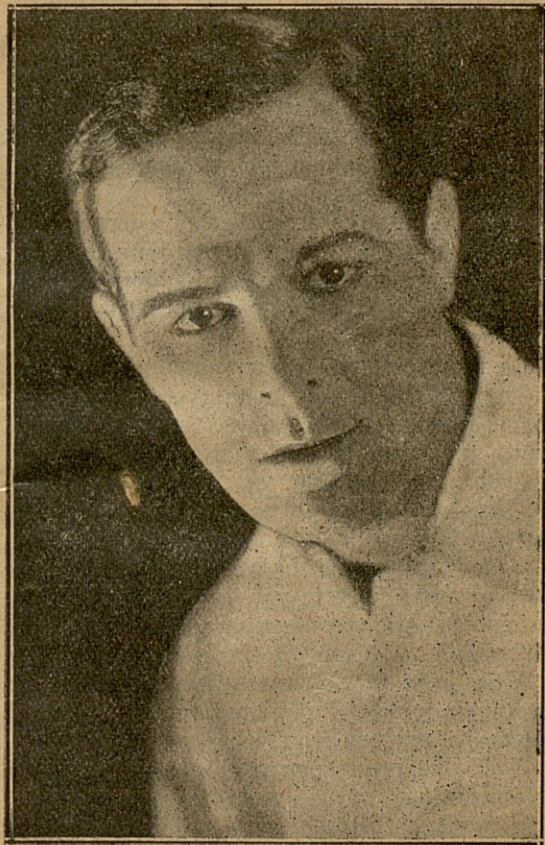
Sólo Conchita no se burlaba de él. La dulce niña leía con fruición sus inspiradas composiciones poéticas. Y así podemos irnos explicando que el jovencito se acurrucara en el aprecio y el cariño de aquella niña con más satisfacción que en el regazo de la familia, que no le comprendía.

Y entre ambos fué consolidándose este amor delicioso que sólo pueden comprender los espíritus delicados.

LA HECATOMBE

—¿Te vas?—preguntó Conchita bajando los ojos para que Antonio no viera cómo sus ojos inundábanse de lágrimas, sin comprender que el temblor de su voz delataba su emoción.

—Sí, Conchita. Nos vamos todos a Norteamérica.



ANTONIO MORENO nos mira

—Te gusta marcharte..., ¿verdad?

—¿Por qué me martirizas?... ¿Acaso no sabes que te quiero?

—Tú sabes que yo también te quiero, que sufriré mucho si te vas... y, sin embargo, te vas...—Y la dulce niña, no pudiendo ya contener la pena que henchía su alma, estalló en franco y amargo llanto.

Antonio tenía catorce años, ella contaba once aproximadamente. Su despedida fué cándida y emocionante como estos grandiosos poemas ignorados que nos son familiares por lo comunes.

La familia Garrido Monteagudo había decidido expatriarse. El joven Antonio no pensó en las consecuencias que aquella decisión podía tener en su porvenir, sino en que significaba la inmediata separación de Conchita. Pero naturalmente no hubo medio de oponerse a la partida.

—Te juro que trabajaré con ardor y que volveré para hacerte mi esposa—afirmó con resolución el joven enamorado cuando llegó la hora de la última despedida.

Y la jovencita, comprendiendo toda la importancia que sus palabras tenían en aquel momento, exclamó con vehemencia:

—¡Yo yo juro esperarte hasta que vengas a buscarme!

Sus manos estrecháronse e hicieron correr por su cuerpo inocente las sensaciones del beso más diabólico... ¡Venturosos los que han po-

didado saborear las dichas inefables de un infantil primer amor!

EN EL NUEVO MUNDO

Sin duda anidaba en el cuerpo de Antonio, el alma de aquellos trovadores que en la Edad Media cantaban las odas ensalzadoras de las miríficas hazañas del Cid.

Aun encontrándose en la nerviosa Nueva York, Antonio no abandonaba sus pasiones y preferencias literarias. Naturalmente que en aquellos momentos, más que nunca, su afición limitábase a meros goces espirituales que él mismo saboreaba al escribir, pues en país extranjero donde el no dominar correctamente el inglés es considerado casi como un delito, su culto a las letras hispanas de nada había de servirle prácticamente hablando.

Por lo demás, hallábase imposibilitado de escribir a su Conchita, por cuanto no se conceptuaba autorizado ante la familia para dirigirle carta alguna.

Pasaban los años y Antonio iba convirtiéndose en un hombre inteligente, ambicioso en su grado justo, activo y emprendedor. Llegó a dominar el idioma del país con tal perfección y galanura que todos le tomaban por un simpático americano. Sin embargo, a su juicio, no lo podía manejar con la soltura que la literatura requiere y así fué abandonando la idea de dedicarse exclusivamente a las letras.

Pero sintió nacer en él una nueva afición. La de ser artista de teatro. Fué en vano que su familia, que había conseguido alinearse en un rango distinguido de la buena sociedad neoyorquina, intentara disuadirle.

—Pero, hijo mío—repetíale su padre—, tú eres un bohemio.

—Los grandes bohemios son los que han realizado grandes cosas.

—Pero ¿qué van a decir en España?

—En España estarán orgullosos si llegan a enterarse de que un compatriota suyo ha triunfado en toda la línea.

—¡Triunfar en toda la línea!—exclamaba el buen anciano con desaliento al ver que sus observaciones se estrellaban ante el resolutivo optimismo de su hijo.

Y Antonio, que ya llamaban en Yankilandia Tony, empezó a rodar por los escenarios en demanda de un papel aunque fuera de comparsa.

La lucha fué dura y capaz de desanimar a otro espíritu menos bien templado que el suyo, pero él consiguió sostener en las tablas algún

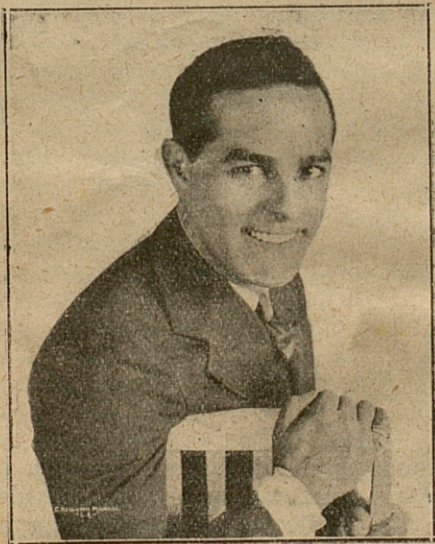
papel que de insignificante pasó a **mayor** importancia y así sucesivamente fué ganándose la atención y el aprecio del público que en sus breves apariciones se dejaba arrebatar prontamente por su innata simpatía.

A ESPAÑA

Reunido algún dinerillo y con una buena contrata en cartera, nuestro hombre decidió darse una vueltecita por España. La patria le atraía con vehemencia. Anhelaba ver nuevamente aquellos lugares, aquellos monumentos, respirar aquel ambiente que había mecido su niñez. Para él España entera respiraba poseía y desgranaba recuerdos, entre los que se encontraba la grata memoria de Conchita. ¿Qué había sido de ella? No había tenido nunca noticias de la niña, y si bien conservaba en

lo más hondo de su corazón la suave imagen de su primer amor, harto comprendía que un destino indiferente, al alejarlos a tal edad, habíales distanciado para siempre.

Sin embargo, no bien puso pie en tierra his-



Un caudal de simpatía se asoma por los labios de ANTONIO

pana, su primer cuidado fué preguntar por Conchita.

—Salieron hace muchos años de Madrid—le dijo cierta anciana que presumía de bien in-

formada sobre cuanto había ocurrido en el barrio desde que ella tenía uso de razón y lengua para comentar lo que no le importaba mucho, que digamos—. Y Conchita se casó con un viejo comerciante muy rico.



De que ANTONIO es feliz, no hay duda. ¡Si siempre se ríe!

A estas palabras una sonrisa forzada dibujóse en los labios de Antonio. Se lo temía, era lo lógico, lo natural. ¿Cómo había de guardar sus juramentos una niña de once años? ¿Es

que él realmente creyó nunca, de mayor, en aquellas mutuas promesas que se hicieron? No obstante, la noticia tuvo para él el amargo sabor de la flor purísima que se descompone y púsose pálido y sintió que su corazón se agitaba.

—Su pobre madre había acabado los recursos—continuó la vieja gaceta—, la niña se había convertido en un pimpollo de muchacha. Se presentó este hombre rico y dispuesto a trasladarse seguidamente a la Vicaría... y la madre aceptó.

—¡Cómo!... ¿la madre?...

—Pues claro... No andaba la niña poco enamorada de ti... joven ingrato, que te fuiste a América y no te cuidaste más ni de saber si respiraba.

—Pero...

—Sí, hombre sí. Ya comprendo que a la edad que te fuiste no podías tener relaciones con esa niña. Su madre se hubiera encargado de tirar al fuego tus poesías... ¿Aun escribes poesías?

—No... ya no escribo poesías... pero, dígame —inquirió nerviosamente Antonio, a quien las palabras de la vieja tenían en un volcán de ansiedad—: ¿qué decía Conchita?

—Ella también comprendía que todo aquello fué cosa de niños... pero cada vez que hablábamos de ti y de su pretendiente... sus ojos inundábanse de lágrimas y suspiraba con amargura.

—¿Y es feliz ahora?

—No sé ni nadie lo sabe. Se fueron a Italia. Su marido era tratante en tapices. Su madre creo que murió al poco tiempo. Conchita me escribió alguna postal al principio, después no he sabido tampoco más de ella.

Antonio no preguntó más. Con lo escuchado le bastaba para asistir dolorido a la muerte de una recóndita ilusión.

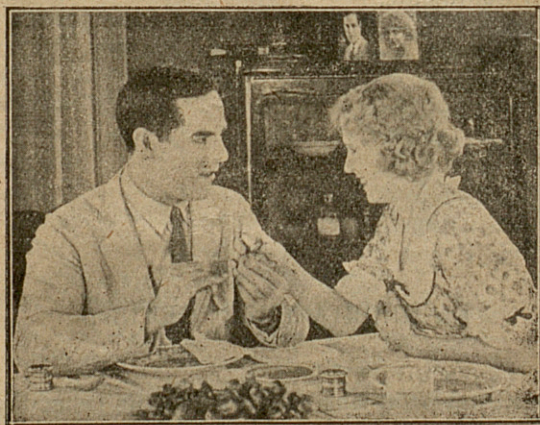
Sonreía cuando pensaba en ello como quien recuerda una cosa de niños, pero lo cierto era que una infinita congoja le apesaba la garganta...

¿Fué ello causa de que adelantara su regreso a Norteamérica? Es muy posible.

En el primer vapor de lujo que salía de Vigo, Antonio Garrido embarcaba para el Nuevo Continente.

LA GLORIA Y LA FORTUNA

El navío surcaba majestuosamente las aguas del océano. Sobre la cubierta del departamento de primera había varias *chaises-longues* so-



ANTONIO MORENO en «Juez de sí mismo»

bre las cuales algunos pasajeros se adormecían al suave mecer de las olas.

En un grupo se encontraban Antonio y Mr. Holmes, éste acompañado de su hermosa mujer, Helen Ware.

—¡Quién había de imaginarse que Antonio Moreno estaba en el mismo buque!—exclamó aquél.

—En efecto, es una casualidad... Fuí a España... por nostalgia... para ver de recordar un poco...—dijo Antonio.

—Algún amorecillo lejano—comentó picarescamente Helen.

—Es posible—terminó Antonio tratando de sonreír.

—¿Y piensa usted seguir dedicándose al teatro?—inquirió Mr. Holmes, famosísimo empresario neoyorquino.

—¡Con más afición que nunca!

Aquel encuentro providencial a bordo de un transatlántico que le alejaba de la tierra de sus ilusiones, fué para Antonio el peldaño de la gloria. Gracias a la formidable protección del coloso empresario, Antonio debutaba con un papel de protagonista en 1910 en una obra de Leslie Carter.

Presentado por Mr. Holmes entabló conocimiento con los empresarios Klaw y Erlanger que lo tomaron bajo su protección... convencidos de que acababan de *descubrir* un filón.

Pero hay que confesar francamente que Antonio no conseguía los éxitos que esperaba. Desempeñaba sus papeles con entusiasmo, pe-

ro el público, si bien premiaba su labor con copiosos aplausos, no concebía por él el entusiasmo y la admiración que tanto hubieran deseado el joven actor... y sus empresarios.

Interpretó varias piezas de Constance Collier y Wilton Lackaxe con los resultados acostumbrados.

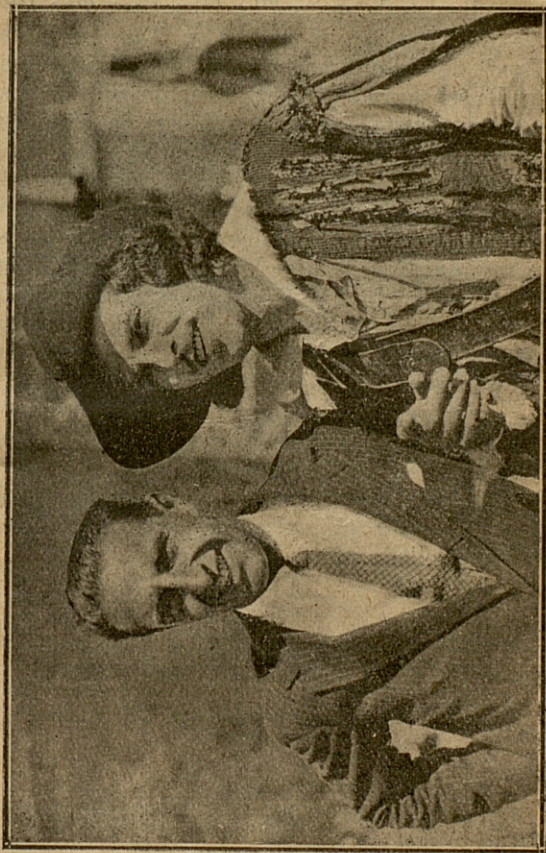
Sin embargo, la elegancia natural, su desenvoltura y la gran simpatía que despedía su persona le hacían acreedor a mayores éxitos.

Fué entonces que empezó a interesarse por la cinematografía. Sus compañeros y amigos se lo aconsejaban con insistencia. Pero Antonio vacilaba. Temía dejar lo seguro por lo que no lo era tanto. Además, en aquella época, los *metteurs-en-scène* no se interesaban como ahora por los galanes de procedencia latina...

Pero por fin decidióse a probar fortuna en el arte mudo y entonces empezó para él el viaerucis de seguir las casas editoras cinematográficas que le obligaban a hacer "colas" interminables ante el despacho del seleccionador de personal.

Por fin le contrataron, pero contra lo que su rostro simpático parecía augurar, fué para interpretar una serie de papeles de malo. Los artistas españoles, franceses o italianos eran casi despreciados en aquellos momentos en Norteamérica y así siempre les daban en la distribución, el encargo de personificar los "anti-páticos" de los dramas.

Observado por los elementos directores de la Vitagraph, pasó a formar parte de las hues-



ANTONIO MORENO, con el simpático campeón de tennis, Alonso

tes de esta compañía interpretando las grandes películas de series *The Iron Test*, *The Perils of Thunder Mountain* y *The Invisible Hand*, donde obtuvo tan señalados éxitos que quedó consagrado definitivamente uno de los mejores artistas cinematográficos de aquellos tiempos heroicos del arte mudo.

Desde aquel momento empezó la era próspera para el simpático artista. De la Vitagraph pasó a la casa Pathé donde culminaron sus éxitos artísticos y económicos "filmando" las grandiosas películas *Three Sewens*, *The Veiled Woman*, junto con la simpática artista Pauline Curley y *Secret of the Hills* con la famosa "star" Lillian H. Davis.

Ultimamente, y ya cuando la cinematografía adquiría la enorme preponderancia de los tiempos recientes, Antonio Moreno, el artista favorito del público "filmaba" la preciosa producción *The Bitterness of Sweets* con la monísima Colleen Moore.

LA AMISTAD

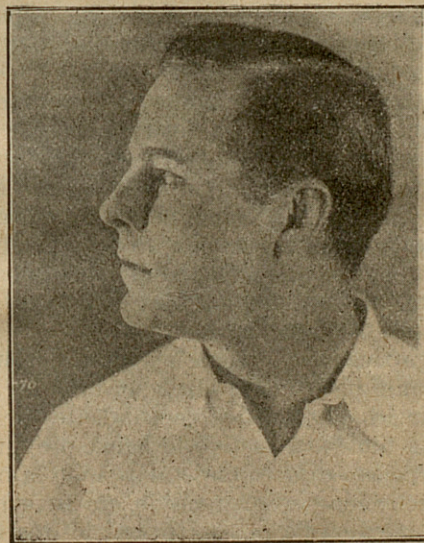
—Pues yo creo que este muchacho triunfará.

—Imposible.

—Una obra de autor español y un artista

italiano son factores que se completan—decía con decisión Antonio Moreno sentado ante un velador de un elegante *restaurant* de moda.

—Se comprende que se declare usted defensor de todo lo europeo.



Un artístico perfil de ANTONIO

—¡Es que lo europeo conceptúo que puede ser igualmente bueno que lo americano, señor mío!

—¡Esto lo cree usted porque es natural de

Europa!—sostenía con vehemencia un sujeto norteamericano, regordete y antipático.

—Señores—interrumpió un tercer personaje interviniendo en la contienda—; yo he cometido la indiscreción de escucharles a ustedes y les ruego me perdonen por ello, pero ante las observaciones absurdas que se permite usted hacer contra Europa me considero con la obligación de intervenir.

—¡Otra de las cualidades de los europeos—gritó el americano fuera de sí—: meterse donde no les importa.

Y esto diciendo largó un puñetazo tan enérgico a nuestro Antonio que éste tambaleóse unos instantes. Pero ya el agresivo yanqui había recibido en plena mandíbula un soberbio “directo” del que terció en la disputa, y caía pesadamente al suelo.

La refriega no pasó a mayores porque el provocante indígena se largó sin intentar contradecir los argumentos contundentes del joven que tan buen castigo le había propinado.

—Gracias—dijo Antonio alargando la mano al desconocido—. Sorprendido, no tuve tiempo de defenderme por mi brazo, lo que efectuó usted en mi lugar soberbiamente.

—Antes me defendió usted a mí.

—¿Cómo?... No lo entiendo.

—Sí, ciertamente. ¿Acaso no estaba usted ponderando las excelencias de un autor español y de un artista europeo que había de interpretar en la pantalla el papel de protagonista de su obra maestra?

—Exacto.

—Pues yo soy, Rodolfo Valentino, servidor de usted.

Se estrecharon la mano con efusión.

—Pues permita a mi vez que me presente—dijo nuestro compatriota seguidamente.

—No hay necesidad. Usted es el gran actor cinematográfico Antonio Moreno.

Sentáronse uno frente a otro. Hablaron muchísimo de Europa, de España, de Italia, de sus añoranzas, de sus ilusiones... Bautizaron el todo con exquisito champaña.

A partir de aquel instante, Rodolfo y Antonio han sido los mejores amigos del mundo.

Al pleitear Valentino con la Paramount, él mismo aconsejó a la Compañía que contrataran a Antonio Moreno para sustituirle al lado de Gloria Swanson en la película “Mi Esposa Americana”, lo cual efectuóse con un éxito tal *can Wife*, lo cual efectuóse con un éxito tal para nuestro artista que en vano intentaríamos describirlo pues fué inenarrable.

Inmediatamente llovieron las proposiciones fabulosas, y el gran *metteur-en-scène* Sam Wood le contrató a peso de oro para que interpretara el papel de protagonista en una obra que había escrito expreso para él titulada “Don César de Bazán”.

Desgraciadamente, su “partenaire”, que había de ser Pola Negri, estaba trabajando, con Charles de Rochefort—el feliz intérprete también europeo de “Los diez Mandamientos” y “La Venganza de una Hermosa”—en la peli-

cula *Forfaiture*, pero no bien haya terminado su compromiso se comenzará en seguida la impresión de la producción cumbre de Antonio Moreno.

Muchas veces salen juntos los dos buenos



ANTONIO MORENO no tiene nada que envidiar al más elegante americano

amigos, pues gustan de conversar sobre lo que a ambos interesa: a Rodolfo su bella Italia, a Antonio su querida España.

—Chico, hoy estoy mareado de tanto con-



El gran actor ANTONIO MORENO, con el popular Antonio Gil Varela (Varillas), durante la visita de éste a Los Angeles

testar cartas—decíale cierta noche Antonio a su buen amigo.

—Ya sé que tú tienes la buena fe de con testar todas las misivas admiratorias que recibes y de mandar retratos a quien los solicita.

—Creo que es un deber que tenemos cuantos vivimos del favor del público.

—A ti no te falta razón, pero a mí me sobra pereza para hacerlo.

Después empezaron a hablar de mujeres. En aquellos momentos Rodolfo hallábase en vísperas de casarse con Natacha Rambowa. Los dos jóvenes hablaban animadamente. Rodolfo, que conocía la sentimental e infantil aventura de Antonio, bromeaba siempre sobre el particular. Le llamaba Dante y le aseguraba que un día u otro podría estrechar entre sus brazos a su amada Conchita... aunque fuera en el Paraíso.

—Esta noche celebramos en mi casa de campo una pequeña fiesta íntima para presentar a mis mejores amigos la que ha de ser mi esposa. Espero que tú no faltarás, Antonio—añadió Rodolfo.

—Desde luego. Cuenta con mi molesta presencia.

NINGUN NOVELISTA NI "PELICULERO"
SABRA NUNCA TEJER LAS AVENTU-
RAS QUE FORJA EL DESTINO

Ningún novelista ni "peliculero" sabrá nunca tejer las aventuras que forja el destino.

En los lujosos salones de la Quinta de Rodolfo respirábase este ambiente de riqueza e intimidad que saben imprimir a sus moradas y a sus fiestas los espíritus elegidos.

Los reunidos no eran muy numerosos pero sí escogidísimos. La bella Natacha hacía los honores de la casa que iba a ser suya, con la gracia sin par que la caracteriza. Rodolfo estaba encantado así como todos sus invitados, amigos íntimos suyos.

—¿Quién es esta hermosa mujer que no conozco?—inquirió discretamente Natacha acercándose al que había de ser su dueño, y señalándole con la mirada, una bella mujer.

—Es la viuda de Mr. Foward.

—Pero... ¿quién fué Mr. Foward?

—¿No le has oído nombrar? Era el riquísimo coleccionista de tapices más famosos del mundo. Empezó sus negocios en Italia, continuólos en España y volviendo a Italia donde engrosó su fortuna de un modo fabuloso, murió cuando aun podía esperarse muchísimo de él. Su viuda acaba de llegar a América.

—Preséntamela.

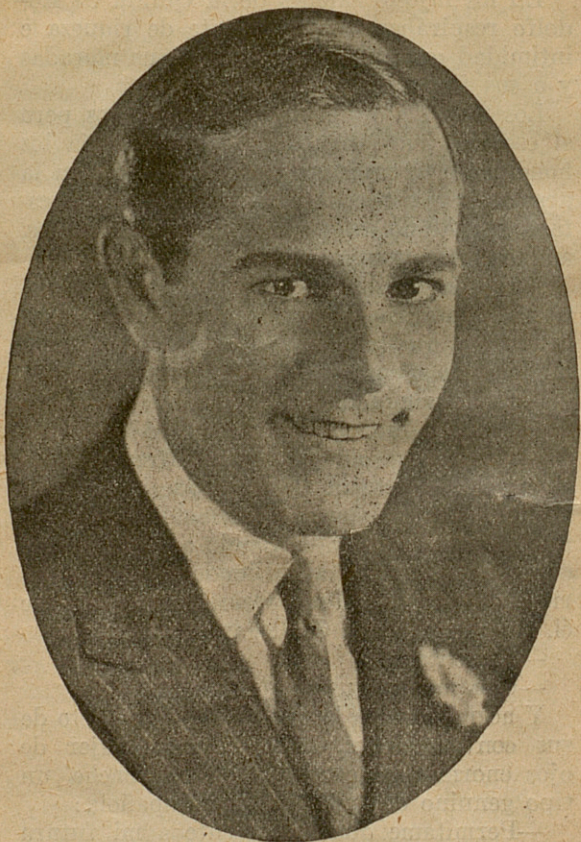
—Con mucho gusto, querida.

Y acercándose a la que había sido objeto de sus conversaciones, una hermosa mujer de ojos enormes y negros como el azabache, un tipo genuino de la bella mujer española:

—Permítame que le presente a mi futura esposa Natacha—dijo Rodolfo.

Y a ésta:

—La señora viuda de Foward.



¿Por qué se sonríe ANTONIO MORENO? que lo digan las muchachas

Aquella noche, a pesar de su promesa, Antonio no pudo acudir a la casa de su amigo. Una fuerte jaqueca le había retenido en casa. Al siguiente día, no bien hubo salido del baño que le despejó completamente, le anunciaron la visita de Rodolfo, y antes de que pudiera dar orden de que le introdujeran, ya el simpático artista se encontraba al lado de su amigo.

—¡Pronto, no hay un momento que perder: vístete inmediatamente.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada... un par de bellas admiradoras nos esperan abajo en el automóvil.

—¡Pero tú estás loco, Rodolfo!

—Nada, nada. La una es mi novia... la otra es tu... anda, corre... te repito que no hay un minuto que perder.

Y quieras o no, fué preciso que el buen Antonio se diera mucha prisa y se dejara arrastrar por su amigo.

En efecto, ante la casa de Antonio esperaba un lujoso automóvil ocupado por dos hermosas mujeres.

Cuando Antonio hubo saludado a Natacha, al ir a tender la mano a su acompañante, sintió que sus piernas flaqueaban, que la sangre aflucía toda a su corazón. A ella le ocurrió lo mismo, volviéndose pálida como un cadáver, pero sus ojos despedían centellas de incierta alegría... aquella mirada... aquellas facciones... aquella expresión de rostro...



ANTONIO MORENO en «Mi Esposa Americana»

Los dos, después de mirarse atentamente, interrogaron con los ojos a sus amigos. Rodolfo y Natacha les miraban con risueña y contenta actitud...

— ¡Sí hombre, sí... ayer mi novia lo descubrió todo!—dijo, al fin, Rodolfo, no queriendo prolongar por más tiempo la inquietud de



ANTONIO MORENO con su amigo Polo

su querido amigo—. Sr. D. Quijote, señor soñador, señor enamorado de un recuerdo... ¡Ahí tiene usted a su Conchita... la dama de sus pensamientos!

Se casaron antes que Rodolfo y Natacha. La nueva señora Moreno profesa una verda-

dera veneración a su esposo que considera y admira como a uno de los mejores artistas de la pantalla. Mujer muy instruída, le guía suavemente, y juntos discuten deliciosamente los extremos difíciles de las creaciones de An-



ANTONIO MORENO con su esposa

tonio.

La unión de Clotilde y Antonio ha sido la magnífica consagración de un amor primero ocultado pero jamás extinguido. Los dos esposos viven como en un constante sueño deli-

cioso. Recientemente han pasado a habitar un coquetón *bungalow* situado en la costa californiana donde mientras el famoso artista espera el momento de comparecer ante el objetivo, saborea junto a su esposo esta felicidad tan difícil de alcanzar por los que no saben de las delicias de soñar sublimemente en brazos de la primera mujer que se ha amado.

Por su parte, Conchita ha demostrado cuanto puede en una mujer el efecto de un primer amor. Hasta bastante tiempo después de casada no se atrevió a confesarlo, ruborizada, a su esposo... Perseguida por la imagen adorada de Antonio, su ida a Nueva York no fué tan casual como haya podido creerse en el transcurso de esta narración... Habiendo sabido por el cinematógrafo los progresos, la vida y el punto de residencia de su querido Antonio, no había podido resistir la tentación de atravesar el Océano para tratar aunque no fuera más que de verle.

Dijo un pensador que *el gran amor en la mujer no es el primero, sino el último*. Tiene razón. Pero para los que en su vida sienten una sola pasión avasalladora y constante, no existe ciertamente diferencia entre el primero y el último, porque es el mismo.

FIN

Narración y Recopilación RENZO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

NÚMEROS PUBLICADOS: 1, Alice Terry.—2, Rodolfo Valentino,—3, Lillian Gish.—4, Antonio Moreno.

LE RECOMENDAMOS COLECCION
LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES
CINEMATOGRAFICAS:

La Novela Semanal Cinematográfica
La Novela Film
La Novela Femenina Cinematográfica

Indiscutiblemente las mejores que existen en
el mundo, en su género

PROXIMO
NUMERO

BIOGRAFÍA

DE

Gloria Swanson

PROFUSIÓN DE DATOS Y
FOTOGRAFÍAS

•
POSTAL REGALO:
LA DE ESTA ARTISTA

•
Precio: 35 Cts.

